

Presentación

De los múltiples retos que la nueva presidencia de Felipe Calderón deberá arrostrar con energía, voluntad y eficiencia se encuentra la educación en general y la superior en particular. Pareciera un cliché más si no fuera porque el déficit educativo ha delineado tristemente la historia de México desde sus inicios como nación hasta la actualidad. No somos, los mexicanos, un pueblo educado. Por ende, no somos competitivos en muchos de aquellos rubros hoy tan necesarios para sortear con éxito los nuevos retos impuestos por la globalización y las exigencias de la llamada “sociedad del conocimiento”.

En las economías desarrolladas hay sobrada evidencia para mostrar que los sectores que utilizan sistemáticamente insumos de conocimiento y fuerza laboral educada, capacitada y entrenada, han crecido más rápidamente y generado mayores ganancias.

Las nociones de “economía basada en el conocimiento”, “sociedad del aprendizaje” y “sociedad del conocimiento” describen un modelo ideal de producción y cultura en el que el conocimiento se constituye en fuerza motriz del crecimiento económico y de la cohesión social. Si bien la noción de sociedad del conocimiento es ante todo una expresión valorativa —y no una denominación que cumpla propósitos descriptivos, analíticos o explicativos— es precisamente por su carácter utópico que está orientando procesos de cambio en diversas esferas de la realidad, o más bien presiona a que diversas innovaciones originadas en los campos de la producción, la tecnología, la ciencia y la cultura converjan hacia la definición de políticas públicas.

De este modo, nuevas exigencias, demandas y oportunidades surgen ante los sistemas de educación superior y de investigación científica y tecnológica, dado su papel clave en la generación y movilización de conocimientos y por sus posibilidades de formación de sujetos con capacidades de desempeño creativo y de adaptación a los cambios. Al mismo tiempo, en el campo de la investigación científica se están renovando las formas de relación con el aparato tecnológico y con el sistema de toma de decisiones en los ámbitos público y privado. La necesidad de articular un nuevo “contrato social” entre la práctica científica y el desarrollo social aparece como un tema prioritario de las agendas políticas para el desarrollo.

En este complicado panorama cobra mayor relevancia la educación superior. La universidad debe ser, ya, el núcleo de cohesión social, de impulso científico, de innovación tecnológica y de saberes especializados que orienten, desarrollen y propongan soluciones viables, concretas y eficaces a los enormes problemas que, muchos de ellos por décadas, han agobiado a los mexicanos.

Las políticas públicas continúan desdeñando la importancia de la universidad pública como factor de cambio, progreso y bienestar. Los presupuestos anuales al respecto así lo señalan.

Sobre esta temática escribe José Martínez Vilchis el artículo que abre la sección “Sociedad y política: México, hoy”: *Financiamiento y relación de la universidad pública con los congresos de la Unión y estatales*. En éste, el rector de la Universidad Autónoma del Estado de México advierte que *el mayor desafío en nuestro país sigue siendo la carencia de una política de financiamiento sostenido y creciente para la educación superior*. De aquí que se aboque a analizar la problemática en el financiamiento a la educación superior y el trato inequitativo y desigual de que son objeto las Instituciones de Educación Superior en la asignación del subsidio. Su conclusión, amén de deseable, se antoja necesaria, aún más, impostergable: *El reto es construir una relación con el Poder Legislativo que promueva la cooperación, franca, dispuesta y comprometida, en tareas delicadas como la inaplazable actualización de la legislación en materia de educación superior y posgrado y la elaboración de una Ley de Educación Superior*.

La educación no puede ya más aguantar otro sexenio de inaguantable “todo cambia para que nada cambie”, típico del poder en México. El foxismo no dejó de ser un lamentable ejemplo de ello. Baste recordar la algarabía de la transición en aquel, aún cercano, 2000 cuando el partido hasta entonces hegemónico del y en el poder fue abatido por la oposición. Entonces incredulidad, contento, confusión o incertidumbre ante el nuevo futuro se dieron cita en los principales titulares, editoriales, artículos de opinión y especializados de la prensa nacional con respecto al “Sr. de las botas y el lenguaje florido” y sus perspectivas como el primer mandatario de oposición en el México pos-revolucionario. Todo ello acabó, como hoy sabemos, con “mucho ruido y pocas nueces”. Sin embargo, no deja de ser interesante el comportamiento de los medios impresos de comunicación de entonces que sirvieron como expresión del proceso de consolidación —¿o debilitamiento?— de la democracia mexicana.

Eva Salgado nos recuerda justamente aquellos hechos en el segundo trabajo de la sección, *La prensa escrita en México frente al cambio de régimen*. En su artículo, la investigadora del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social analiza *el discurso de la prensa escrita para encontrar evidencias sobre los recursos lingüísticos y semióticos del discurso periodístico y la forma en que la prensa recrea la realidad, funciona como intermediaria entre diversos actores sociales, o se convierte ella misma en actor político*. Su lectura nos remite a reflexionar sobre *el oscuro y enigmático juego de ajedrez en que se convierte la búsqueda del poder y la consecuente exacerbación de la crisis que tiene desde hace años al país como botín*.

Parte consustancial de este “juego de ajedrez” ha sido la Iglesia católica en México. Ora como factor de poder, ora como influencia social, el organismo eclesiástico ha tenido una historia caracterizada por diversas crisis que la han

llevado de la cima a la sima. Desde los altos círculos del poder al enfrentamiento abierto con el Estado, la Iglesia mexicana se debatió entre la oposición férrea a los valores modernos y la defensa de valores sociales; entre el poder y la oposición. De hecho, su trayectoria no deja de ser sorprendentemente paradójica ya que *A pesar de la colaboración que mantuvo la Iglesia para con los nuevos gobiernos, logró al mismo tiempo convertirse en uno de los principales opositores del gobierno en un régimen político autoritario; dicha oposición se ha logrado hasta la fecha enarbolando la bandera de diversos principios democráticos que en un tiempo ella misma condenaba: la libertad de culto, de conciencia, de expresión y la defensa de los derechos humanos principalmente. El convertirse en un actor crítico del gobierno ayudó (junto con otros muchos actores y factores) a la liberación del régimen político priísta.* Tal es la tesis sostenida en el artículo *La iglesia católica en México como institución de derecha* de Héctor Gómez Peralta que cierra esta primera sección.

Si la Iglesia ha podido cambiar buena parte de sus posturas con respecto a la modernidad secular se debe, sin duda alguna, a uno de los concilios más trascendentes de su milenaria historia: el Vaticano II. Sin lugar a dudas, el histórico acontecimiento *coadyuvó a delinear los rasgos del pensamiento cristiano que significaron un viraje en las posiciones de la Iglesia y dejaron abierta la posibilidad de diálogo con el socialismo en general.* No sólo eso, a partir del Concilio, la Iglesia de Roma logró *redefinir sus relaciones con la sociedad, aceptar las reglas del juego político y alentar la participación de los cristianos en los asuntos temporales.* Además, *La Iglesia reconoció que el mundo cambió, que el imperio y la monarquía no son esenciales a la organización eclesiástica y que un gobierno republicano no necesariamente atenta contra la religión católica. La Iglesia se entendió a sí misma como otra cosa que el Estado y reconoció que el mismo no era un instrumento de su misión.* No poca cosa para una institución que fundara su hegemonía política sobre la convicción de la verdad absoluta, la persecución de la disidencia y la abolición de la inmanencia.

Sobre esta temática se expresa Gustavo Morello al analizar éstos y otros tópicos en su artículo, *El Concilio Vaticano II y su Impacto en América Latina: a 40 Años de un cambio en los paradigmas en el catolicismo*, trabajo que abre y cierra la sección “Cuestiones contemporáneas”.

Desde el punto de vista secular, la historia del pensamiento crítico social —*cuya finalidad última e histórica ha sido la de producir interpretaciones y análisis concretos de situaciones concretas con miras a una transformación social radical, más democrática, más igualitaria, más humana y sin exclusión y de respeto a la diversidad de las identidades y las culturas de nuestra América Latina*— ha encontrado en América Latina uno de sus nichos más prolíficos. Uno de ellos, quizás de los más descollantes, ha sido el marxismo, ideología cuya historia devino por un lado *en una de las mayores aportaciones a la construcción teórica, metodológica y política de la realidad social, el conocimiento y la reflexión de las ciencias sociales latinoamericanas y, por el otro, en la más efi-*

ciente articulación operativa con el quehacer y la práctica política, económica, social, cultural y científica de América Latina. Dentro del marxismo, se yergue la figura inmarcesible de José Carlos Mariátegui, atinadamente analizada por Samuel Sosa Fuentes en su trabajo *La vigencia del pensamiento de José Carlos Mariátegui en un mundo global: identidad, cultura y nación en América Latina*, mismo que constituye la sección “Perspectivas teóricas”.

En la sección “Documentos”, se publica íntegro el bello discurso que la directora asociada de este órgano editorial, Judit Bokser, hiciera en ocasión de la entrega del premio Sor Juana Inés de la Cruz a un grupo de 76 destacadas académicas de la Universidad Nacional Autónoma de México. Instituido por el propio rector de la Máxima Casa de Estudios, Juan Ramón de la Fuente, este reconocimiento se otorga cada 8 de marzo —día internacional de la mujer— a las universitarias que en su trayectoria se han destacado en diversos campos del conocimiento, las ciencias, las humanidades y las artes. El premio es muestra del vínculo que entre la libertad de pensamiento, compromiso social y honestidad intelectual debe crearse si aspiramos a una educación de excelencia académica y calidad humana. Por ello, *Hay otro territorio sobre el que Sor Juana nos llama a reflexionar hoy: la Universidad. El campo del conocimiento y de la expresión de las ideas no es el espacio refugio; es la zona abierta, es el ámbito del escrutinio, de la exposición. Una República de las Letras que se ha ampliado frente a la ciudad letrada del pasado. En ella habitan y cohabitan las diversidades: disciplinarias, teóricas, ideológicas, humanas y sociales.* De nuevo, la importancia mayúscula que a la educación superior debe dársele hoy, mañana y siempre si es que aspiramos a formar cuadros capaces y competitivos en lo profesional; honestos y humanitarios en lo personal.

Finalmente, Francisco Javier Gómez Carpinteiro nos deja la tarea de reflexionar en el quehacer y el ejercicio de la historia como medio de crítica y, por qué no, de transformación social al reseñar el último libro del reconocido investigador Adolfo Gilly, *Historia a contrapelo. Una constelación.* Obra sobrada de erudición, conocimiento, emoción y diversión; es, además, una invitación a la reflexión de lo humano en general y del papel de la historia y del historiador en particular. Reflexión hoy más que nunca perentoria, sobre todo *En estos momentos [en que] la melancolía del posmodernismo cancela, bajo la premisa del fin de la historia, sueños utópicos en nombre de la existencia de un “otro” fragmentado y reinventado políticamente por el peso de formaciones discursivas que lo definen, por ejemplo, como refugiado, nómada o terrorista...* Obra esencial *En estos días, cuando el ángel de la historia postra otra vez sus alas para contemplar paisajes devastados por una nueva ola de progreso, [querube que] parece decirnos que la fuerza de la fantasía de mundos mejores parece abrirse nuevamente espacio.*

Obra que no deja de enfatizar que la historia y el historiador deben tener, al igual que todo intelectual que se precie de serlo, un protagonismo social tamizado por el clamor, la crítica, la denuncia y la esperanza: clamor de los

sin voz, crítica del pasado, denuncia del presente y esperanza para el futuro. Obra que, en fin, nos compele a recordar aquellas lapidarias frases que hacen del historiar un combate y del historiador un justiciero:

En el silencio de la abyección, cuando los únicos sonidos que se oyen son las cadenas del esclavo y la voz del informador; cuando todo tiembla ante el tirano y resulta tan peligroso obtener sus favores como merecer su desfavor, ahí es cuando aparece el historiador, con la tarea de vengar al pueblo.

(Vizconde de Chateaubriand)

